

Cornwall), dice Hawthorne, el Americano, que en su juventud había sido aficionado al pugilato científico, y había hecho una vez un viaje para luchar con el Game Chicken. Dos primeros ministros, Malón, de Bélgica, y Gladstone, de Inglaterra, se dedicaron á la corta de árboles. Thalberg, el pianista, cuando se retiró de la carrera musical, compró una viña, la cultivó, é hizo vino. En la Exposición de París de 1867 obtuvo del jurado una mención honorífica por su vino de Pausilippo.

Por otra parte, Rossini se entregó á la cocina. Se deleitaba en vivir bien, y se vanagloriaba de su mesa; inventó salsas, ensaladas y nuevas preparaciones de trufas. Escribía á una gran cantante: « Lo que os interesa de diferente modo que la música, querida Angélica, es el descubrimiento que acabo de hacer de una nueva ensalada; por lo cual me apresuro á enviaros la receta... Las trufas forman en este plato una especie de nimbo, capaz de sumir en éxtasis á un goloso. » Se dice que muchas recetas culinarias que se han hecho célebres, han sido inventadas por Rossini.

Shenstone distraía sus horas de ocio en medir sus tierras en Leasowes, y en adornarlas á su gusto. Aún se enseñan en Vaucluse los jardines, contiguos á la gruta natural, que formó Petrarca con tanto cuidado, y que menciona en sus cartas. Allí fué donde compuso algunos de sus más lindos sonetos. Crebillón, llamado el Esquilo de Francia, después de haber producido su *Idomeneo* y su *Radamisto*, se retiró del mundo, descontento de la poca atención que le dispensó la corte, y pasó una vida llena de abstinencia, en medio de un gran número de perros y de gatos, cuyo afecto, decía,

le consolaba de la ingratitud de los hombres. Maquiavelo, cuando estaba en el campo, pasaba gran parte del tiempo cazando tordos. Escribiendo á un amigo, le decía: « Hasta ahora he estado cazando tordos. Salgo antes del alba, preparo mis trampas, y voy con un montón de jaulas al hombro. Cojo cuando menos dos, y cuando más siete tordos. De este modo he pasado todo el mes de septiembre; y aunque esta distracción sea extraña y vulgar, me disgustaba mucho cuando me faltaba. »

Más inocentes eran las tentativas de Dugald Stewart para sostener una pluma de pavo real en las narices. Cuando algún filósofo visitaba á Woodhouselee, encontraba á Stewart entregado á este ejercicio. El historiador Patrick Fraser Tytler era su competidor en esta distracción. La diversión de John Hunter era el estudio de las abejas; así como el de sir John Lubbock era el de las hormigas, abejas y avispas. Ambos hacían sus distracciones científicas. Hunter se interesaba por todo; y cuando decía: « Voy á distraerme con mis abejas », no era esto sino el comienzo de una serie de investigaciones, cuyo resultado, reunido en una obra, es, según dice sir James Paget, casi irreprochable en nuestros días. Cuando se rompió el tendón de Aquiles, esto le indujo á estudiar aquella materia, y á inventar un nuevo método de tratamiento de la ruptura. Sir John Lubbock es igualmente infatigable. Su colección de observaciones acerca de los himenópteros que viven en sociedad, es casi fascinadora; y no se sabe qué admirar más, si la paciencia é industria de las hormigas, abejas y avispas, ó las de su observador.

Algunos reverendos, en las horas que les dejaban

libres los deberes de su ministerio, se entretenían en inventar máquinas. El reverendo doctor Cartwright, beneficiado de Brampton, cerca de Chesterfield, fué el más extraordinario de estos inventores. No sólo inventó la máquina de tejer, que tan notable influencia ha ejercido en la supremacía manufacturera de Inglaterra, sino además la máquina de peinar la lana, y la de hacer ladrillos, é introdujo otros muchos perfeccionamientos en la máquina de vapor. El reverendo Patrick Bell, ministro de Carmylie, en Forfarshire, perteneció también al número de esos clérigos inventores. La máquina de segar fué el fruto de sus horas perdidas. Tuvo gran éxito su invención, pero no se adoptó, porque la labranza manual era entonces barata. Fué recibida con entusiasmo en América, donde era cara la mano de obra, y al cabo de cerca de medio siglo volvió de América á Inglaterra y Escocia, donde es ahora de uso general.

Los inventores de profesión, como mister Nasmyth, el inventor del martillo de vapor, y mister Siemens, el inventor de la locomotora eléctrica, se consagraron, para dar variedad á sus estudios, á otros objetos. Mister Nasmyth se aplicó á la astronomía: fabricó él mismo sus telescopios, y estudió el sol y la luna, adquiriendo gran renombre en la ciencia astronómica. Otro tanto hicieron mister Lasell y mister de la Rue; cervecero el uno en Liverpool, y el otro libreiro en Londres. Mister Bessemer, el inventor del acero Bessemer, ha aplicado su maravilloso talento al mismo objeto.

Debo la siguiente anécdota á mister Nasmyth, que no es sólo un gran inventor y un sabio, sino también un extraordinario repertorio de anécdotas. Se refiere

al doctor Adam, el último rector de la Escuela Superior de Edimburgo, autor de las *Antigüedades Romanas* y de otras obras. El doctor Adam, en el intervalo de sus trabajos de profesor, acostumbraba ir á pasar varias horas en la tienda de su amigo Booge, el famoso fabricante de cuchillos, afilando algunas veces cuchillos y tijeras, y otras veces dando vueltas á la rueda. Un día, dos caballeros ingleses que asistían á la Universidad, fueron á buscar á Booge (que era un excelente erudito en griego y en latín) para que les tradujese cierto pasaje griego que no podían comprender. Al leerlo, Booge encontró que el pasaje era ambiguo; pero como era muy gracioso, dijo á los estudiantes: « Oh, esto es enteramente sencillo; mi oficial, que está ahí dando á la rueda, se lo traducirá á ustedes. Juan, gritó el anciano; haga el favor de venir aquí un momento. El que parecía obrero se acercó, y Booge le enseñó el pasaje griego que los estudiantes querían traducir. El anciano se puso las gafas, examinó el pasaje, y empezó una sabia exposición, en el curso de la cual citó á varios autores escolásticos en apoyo de sus ideas acerca de la traducción exacta. Esto hecho, volvió á la rueda de amolar. Los estudiantes quedaron asombrados de la sabiduría del trabajador. Dijeron que habían oído hablar mucho de la erudición de los comerciantes de Edimburgo; pero que lo que acababan de oír dejaba atrás cuanto habían imaginado. Los que han tenido la buena fortuna de ver la admirable colección de retratos de Ræburn en la Exposición de invierno de la Real Academia de Londres hace pocos años, se habrán fijado en un excelente retrato del doctor Adam, y en la inteligente, bondadosa y humorística expresión de su venerable fisonomía. El doctor

Adam murió en su puesto, en su clase de la Universidad, á los ochenta años. Su muerte fué precedida de una obscuridad imaginaria, durante la cual dijo á sus discípulos: « ¡Hijos míos, ya se va poniendo obscuro; deberíais volver á casa! » Entonces cayó hacia atrás en su silla, y exhaló el último suspiro. Así murió el hombre más sabio y amable de su tiempo.

La Historia Natural ha excitado también la afición de muchos estudiantes, de la clase especialmente instruida, y hasta de la clase obrera. ¿Quién no ha leído la *Historia Natural de Selborne*, por White? El libro adquiere mayor encanto con los años. Nos lleva al campo, y nos hace vivir en él. « Desde que lo lei por primera vez, dice James Russell Lowell, me he paseado frecuentemente por algunos de sus retiros favoritos; pero los veo todavía más bien con sus ojos que con el recuerdo de una visión actual y personal. El libro es una verdadera delicia, á causa de su perfecta facilidad. Parece que mister White no ha tenido nunca que hacer ningún trabajo más difícil que el de estudiar las costumbres de sus conciudadanos emplumados, ó de observar cómo maduran los melcotonos en la espaldera. Sus volúmenes son el diario de Adán en el Paraíso:

« Reduciendo todo lo que existe á una idea verde en una sombra verde. »

Observadores, estudiantes é investigadores de las más humildes categorías han hallado el placer más tranquilo en la Historia Natural. Edward, el zapatero, y Dick, el panadero, á pesar de su carencia de medios, fueron hombres excepcionales. Cerca de Manchester y de Londres, especialmente al Este, hay so-

ciudades de obreros que consagran sus horas de ocio á la botánica, á los pájaros, insectos, abejas, hormigas y otros diversos ramos de la Historia Natural. En el país de Gales están muy adelantados en la geología. Uno de los mejores botánicos contemporáneos fué en sus principios simple labrador en una granja. Southey profesaba gran admiración hacia los estudios de Historia Natural, y sentía no haberles consagrado en un principio toda su atención, en lugar de escribir libros. « Yo no sé nada de botánica, decía; y cada día siento más no saberla. Tengo el propósito firme de que si viven mis hijos lleguen á ser buenos naturalistas. »

El prestar alguna atención á los trabajos de la naturaleza procurará útil empleo á nuestras horas desocupadas, y nos proporcionará una instrucción agradable y á veces útil. Nunca sabemos cuál puede ser la aplicación práctica de los conocimientos cuidadosamente obtenidos. El botánico Sowerby empezó su vida como pintor de miniaturas y paisajes. Para ser correcto en los primeros bosquejos de sus paisajes, se consagró al dibujo de las plantas. Hizo estudios acerca de su naturaleza, que le condujeron al estudio de la botánica, y muy pronto se sintió tan fascinado, que consagró el resto de su vida al indicado estudio. « No hay nada que me choque tanto, dice Abrahán Cowley, como el oír decir con frecuencia que un hombre no sabe cómo pasar el tiempo. Esto hubiese estado mal en boca de Matusalén á los novecientos sesenta y nueve años; pero nosotros, que no tenemos tiempo de llegar á la más alta perfección en ningún ramo de la ciencia, estamos muy lejos de ello, y no podemos tener motivo para quejarnos de vernos obligados á estar ociosos por falta de trabajo. El presidente del consejo

de ministros no tiene tantos negocios públicos como un hombre prudente tiene en su vida privada; si el primero tiene poco tiempo para estar solo, el segundo tiene menos aún para estar acompañado: aquél tiene sólo una parte de los negocios de una nación; éste todos los trabajos de Dios y de la Naturaleza que se relacionan á él ».¹

El doctor Isaac Barrow, uno de los hombres más enérgicos de su época y al mismo tiempo uno de los más concienzudos, predicó un sermón acerca de la Laboriosidad de los Caballeros, que ha sido después publicado en la colección de sus obras. Nada podría ilustrar este asunto mejor que su vida y experiencia personal. Aunque era en un principio un niño muy cerrado, tan cerrado que se dice que su padre pedía á Dios que si tenía á bien de llevarse á uno de sus hijos, se llevase á Isaac, sin embargo, cuando hubo pasado por la escuela de Charterhouse, lo que le costó gran trabajo, y cuando pasó después á Peterham, y por último al colegio de la Trinidad de Cambridge, no tardó en cobrar fama de perseverante y aplicado. Barrow intentó primero practicar la medicina, y para ello estudió la anatomía y la filosofía; pero habiendo obtenido una beca, empezó á estudiar teología, como lo exigían los estatutos del colegio. Su deseo de investigar la historia eclesiástica le condujo á estudiar astronomía y por afinidad las partes más elevadas de las matemáticas, en las que adquirió no poco provecho. Continuó el estudio de los clásicos con tanto éxito, que el « niño cerrado », al presentar la dimisión el profesor de griego, fué recomendado para ocupar

1. *Prose Works*, 1826, p. 132, en « *Essay on Solitude*. »

su cátedra. Pero como ocupaban el poder republicanos, con Cromwell, Barrow, que era un verdadero realista y hasta sospechoso de « armenianismo », no fué nombrado, y resolvió abandonar el colegio y viajar algún tiempo por Francia é Italia, llegando hasta Constantinopla y Esmirna. Al sostener que el valor era la cualidad característica de los caballeros, Barrow dió el más vivo testimonio de la excelencia de esta virtud, lo mismo con sus hechos que con sus palabras. Durante su pasaje de Leghorn á Constantinopla, en 1657, el barco en que iba fué atacado por un pirata argelino. Barrow no quiso bajar al entrepuente, aconsejó la resistencia y tomó vigorosa parte en la defensa del barco. Permaneció sobre cubierta hasta que huyó el pirata. Cuando le preguntaron por qué no había bajado y dejado la defensa del barco á aquellos á quienes correspondía, respondió: « Á nadie le correspondía más que á mí; preferiría haber perdido la vida antes que caer entre las manos de esos infieles despiadados. »

Poco después de la vuelta de Barrow á Inglaterra tuvo lugar la restauración. Entonces fué nombrado profesor de griego en Cambridge y después profesor de geometría en Gresham. Renunció este último nombramiento al aceptar el cargo de profesor de matemáticas en Cambridge, y también renunció esta cátedra, después de desempeñarla durante seis años, en favor de su discípulo el famoso Isaac Newton, destinado á unir su nombre á uno de los mayores descubrimientos en la ciencia astronómica. En verdad, la historia de Isaac Barrow es una historia de renunciaciones continuas. Cuando fué nombrado para una prebenda de la catedral de Salisbury, aplicó toda su renta á

obras caritativas, y al ser nombrado catedrático del colegio de la Trinidad en Cambridge, renunció las rentas de todas las dignidades eclesiásticas que tenía. Murió muy joven, á los cuarenta y siete años. Aunque su vida fué relativamente corta, el número de sus obras, especialmente de matemáticas, fué muy grande. Sus sermones están igualmente llenos de pensamientos, de madura experiencia y de sabia observación de la vida práctica. Enseñaba, excitando á practicarlas, las más saludables lecciones de piedad, devoción, probidad y sinceridad.

Su propia vida suministraba los mejores ejemplos, pues era igualmente celoso y aplicado como maestro como cristiano y como caballero. Consagró cinco tratados importantes al tema de la laboriosidad.

« El adquirir conocimiento, dijo, y el desplegar las más altas virtudes de la vida, esperanza, templanza, paciencia y satisfacción interior exige trabajo y esfuerzo. Viajar por un camino pedregoso, subir una colina escarpada, luchar contra los enemigos tenaces y librar batallas encarnizadas, contrariar las inclinaciones de nuestra naturaleza y de nuestros deseos, mantener continuamente un régimen estricto entre todas nuestras partes y facultades son cosas que demandan trabajo y fatiga; sólo así es noble y elevada la práctica de la virtud... La laboriosidad revela un alma generosa é ingenua. Implica un espíritu descontento con las cosas medianas y vulgares, pero que aspira á cosas de gran valor y las persigue con valor y resolución, con sus propias fuerzas y á través de las dificultades y obstáculos.

Es indicio, en el hombre, de un corazón que no quiere deber la subsistencia ó las comodidades de la

vida al trabajo ó á la liberalidad de los demás; que no quiere andar merodeando por el mundo los medios de vivir ni recoger el provecho del cuidado y de las fatigas de los demás hombres, sin darles plena compensación ó pagar con creces sus obligaciones privadas con servicios y beneficios considerables al público. Un corazón noble tiene á menos vivir como un zángano de la miel recogida por el trabajo de los demás, robar su sustento como un gusano en el granero público ó cebarse como un tiburón en los peces más pequeños, desea, por el contrario, ganar de un modo ú otro su propio mantenimiento. Es cierto que la laboriosidad dulcifica todos nuestros placeres y les presta un gusto agradable, porque ningún hombre puede distraerse á gusto ó encontrar verdadero placer en nada mientras no haya concluido su trabajo ó cumplido con su deber; así, cuando ha hecho lo posible para despachar su trabajo, puede descansar tranquilo y consagrarse al recreo; entonces tiene su comida un gusto sabroso, sus diversiones y recreaciones le deleitan verdaderamente y su sueño es profundo y agradable, conforme á lo que dice el Profeta: « El sueño del trabajador es agradable. »

Una de las cualidades negativas de la laboriosidad es que nos aleja del mal. Cuando un hombre está ocupado, el demonio puede difícilmente encontrar ocasión de tentarle. « Un monje que trabaja, dice Casiano, es asaltado por un solo demonio, mientras que uno ocioso es corrompido por innumerables espíritus malos. » La pereza y la ociosidad figuran entre las más bajas cualidades. El perezoso es un cero en la sociedad; más aún, es una verruga y una carga, pues consume y no produce; algo que desfigura en lugar de servir de

adorno. « El camino del perezoso es un seto de espinas », dice Salomón. « Por mucha pereza se cae el edificio, y gracias á la pereza de las manos se irá arruinando la casa poco á poco. » La laboriosidad es, en verdad, la mejor defensa de la inocencia y de la virtud. Es una barrera que guarda las avenidas del corazón contra toda clase de pecados y vicios y que aleja las ocasiones y tentaciones del vicio.

¿Somos ricos? Se necesita laboriosidad para manejar nuestra fortuna con sabiduría, no sólo para nuestro bien y el de nuestra familia, sino también para beneficio de los demás. ¿Somos considerados y reputados entre los hombres? Pues nos es indispensable la laboriosidad para mantener y mejorar nuestra posición y poder dar un ejemplo más saludable aún á los demás. La más noble cuna y la más elevada alcurnia no pueden sustraerse al deber y al privilegio de la laboriosidad. Si hay quien conciba el privilegio de vivir ocioso, es éste seguramente el privilegio de ser lo más desgraciado posible; porque no siendo útil á nadie ni bueno para nada y no cumpliendo ningún deber con Dios ni con el mundo, no tendría título alguno á la felicidad. « Tiene que cumplir fielmente, dice el doctor Barrow, todos los deberes comunes de piedad, de caridad, de sobriedad; porque el ser caballero no le exime de ser cristiano, sino más bien le obliga á serlo en más alto grado que los demás. Es el intendente particular de Dios, que le ha confiado elementos para la subsistencia y asistencia de la familia de Dios. Si le han confiado más talentos, por consiguiente se le pedirá mayor interés: si un labrador ó un obrero tiene un talento, un caballero tiene diez; tiene un vigor innato de ánimo y un valor de muchos quilates

fortificado por el uso; tiene la perfección y refinamiento de sus facultades merced á una educación liberal; tiene los recursos del parentesco, las alianzas y la amistad; tiene riquezas, honor, poder y autoridad; por último, puede disponer del tiempo: tan preciosos y útiles talentos no le han sido confiados para envolverlos en un pedazo de lienzo y esconderlos bajo tierra, ni para disiparlos en satisfacciones personales, sino para negociarlos, para ponerlos en juego, para acrecentarlos del modo más ventajoso en el servicio de Dios... En fin, sólo debe parecer verdaderamente caballero el que tiene corazón para soportar pesados deberes en beneficio del bien público y se toma trabajo voluntariamente para servir á sus vecinos y amigos. El trabajo de los caballeros no es en realidad tan pesado, pero puede ser tan arduo é interesante como cualquier otro. Porque no todo trabajo difícil es manual; hay otros instrumentos de acción al lado del arado, la azada, el martillo y la lanzadera, y no todos los trabajos producen sudor y provecho visible para el cuerpo; la cabeza puede trabajar mucho en imaginar buenos proyectos; la lengua puede mostrarse muy activa en dispensar consejos, persuasión, consuelo y edificación en la virtud; un hombre puede moverse mucho con sólo practicar el bien: son estas obras que exigen la laboriosidad delicada de un caballero. »

Hay, sin embargo, diversas nociones acerca del « verdadero caballero » entre las clases humildes. Cuando Walter Scott visitaba á Irlanda y fué á ver el sepulcro de San Kevin, cerca de Glendalough, mister Plunkett, que le acompañaba, dijo al guía que el visitante era un poeta. « ¿Poeta? dijo, ¡ qué poeta ni qué diablo! Lo que es, en verdad, es un caballero respec-

table; me ha dado media corona.» Del mismo modo cuando el cochero de Londres recibe doble paga, dice para sí: «Este es un verdadero caballero.» Hasta los de clase más elevada asocian la cualidad de caballero con la generosidad en dar dinero, lo cual no es en muchos casos sino *esnobismo*. ¿Qué es ser caballero? Thackeray dice: «Es ser honrado, cortés, generoso, valiente y prudente y poner en práctica todas estas cualidades del modo más amable exteriormente.» San Pelayo nombra doce virtudes, que son las compañeras necesarias del verdadero caballero: fe, caridad, justicia, buen sentido, prudencia, templanza, firmeza, sinceridad, liberalidad, diligencia, esperanza y valor. Deben añadirse á éstas la tolerancia y consideración con los sentimientos y opiniones de los demás.

El verdadero caballero no tiene categoría ni clase; puede ser un campesino ó un noble. Cualquier hombre puede ser amable, cortés, tolerante é indulgente. Puede encontrarse la cortesía en la tienda del árabe ó en la choza del labrador. La cortesía no es sino la deferencia natural, ingénita y humana para con los demás sin adulación ni hipocresía. La alcurnia y las riquezas no tienen relación necesaria con las cualidades propias de un caballero. El hombre más humilde puede ser un caballero en sus palabras y pensamientos. Puede ser honrado, franco, recto, templado, valiente, respetarse á sí mismo y saber arreglar su conducta. El pobre, que tiene un alma elevada es por muchos conceptos superior al rico dotado de alma baja. Valiéndonos de las palabras de san Pablo diremos: el primero «no tiene nada aunque posea muchas cosas», mientras que el segundo posee todas las cosas aunque realmente no tiene ninguna. Sólo los pobres de espí-

ritu son realmente pobres. Para el hombre de espíritu elevado, el mundo es lo que debería ser para todos, como un fideicomiso, y libre de los cuidados más pesados de la vida, él solo tiene derecho á llamarse verdadero caballero.

Hay una nobleza y cortesía natural que consisten en la generosidad y la excelencia de alma, y ésta puede encontrarse en las más bajas clases de la sociedad. Buena prueba de esto es el campesino de Chaucer, que vivía en paz y en perfecta caridad, amando á Dios con todo su corazón en la prosperidad como en la desgracia y á su prójimo como á sí mismo, que de buena gana trabajaría también:

Por el amor de Cristo, fuese cada pobre, privado de salario, si le es posible.

Puede considerarse la urbanidad en los modales como el último toque en el retrato de un noble carácter. «Una conducta hermosa, dice Emerson, es preferible á una forma hermosa; produce más placer que las estatuas y los cuadros, y es la más hermosa de las bellas artes. Los que están dotados de esta cualidad son los restauradores y creadores de la simpatía y del socialismo cristiano.»

Sería difícil esperar que el severo doctor Johnson insistiese sobre la necesidad de la urbanidad en el trato social. «Á ella está encomendado el evitar todo lo que puede desagradar á unos ú otros.» Aunque medio ciego, él mismo se ofreció generosamente en una circunstancia á una señora asustada en medio de Fleet Street para librarla de los peligros del tránsito. Se las echaba de muy urbano con las señoras, y siem-

pre las ayudaba á subir al coche en su casa de Boll Court.

Míster Quiney, presidente de los Estados Unidos, era un caballero por sus palabras, sus modales y su conducta. Agradecía los servicios de los demás, y era cortés hasta con los más humildes. Decía á su secretario, al que encontró atrasado en su trabajo: « Cuando tengáis cierto número de cosas que hacer empezad siempre por las más desagradables. » Era cortés hasta con los negros. Un día que iba al colegio de Cambridge en un ómnibus lleno, entró una mujer de color y no pudo encontrar asiento. El presidente le dió el suyo inmediatamente y permaneció de pie durante el resto del viaje; era esto una condenación silenciosa de la grosería general. La cortesía no era en él solamente un instinto, sino un principio.

Podemos citar un contraste á la urbanidad de Johnson y de Quiney. En la época en que era común el uso de la barba, Felipe I de España envió al joven condestable de Castilla á felicitar á Sixto VI por su elección á la cátedra pontificia. Pero la barba del joven condestable no había crecido aún. El papa le dijo: « ¡ Hay acaso tan pocos hombres en España que vuestro rey me envía uno sin barba? » « ¡ Señor, contestó el altivo español; si su majestad hubiese tenido la menor idea de que su santidad suponía que reside el mérito en la barba, le hubiera enviado un macho cabrío, y no un caballero! »

La urbanidad puede considerarse como una especie de cubierta que oculta las ásperas aristas de nuestra naturaleza y les impide que hieran á los demás. Había un caballero que decía: « Pongo el mismo cuidado en no decirle á un hombre una mala palabra que el que

pondría en no darle una moneda falsa. » Una alcurnia antigua y distinguida si no va unida á un carácter noble, no tiene nada que ver con la verdadera nobleza¹. La marca del nacimiento no es una marca indeleble, porque puede ir unida á la bajeza, la cobardía y la pereza. Sin duda el nacimiento ejerce cierta influencia, pues incita á los hombres á realizar hechos llenos de grandeza y de bondad en recuerdo de los nobles antepasados, y con el pensamiento de sostener y acrecentar la honra heredada. « Recordad, decía sir Henry Sidney á su hijo Felipe, la noble sangre de que descendéis por parte de vuestra madre, y pensad que sólo con una vida virtuosa y con buenas acciones podéis ser un ornamento para tan ilustre familia; de otro modo el vicio y la pereza harán que seáis tenido como *labes generis* (mancha de vuestro linaje), que es una de las mayores maldiciones que pueden caer sobre el hombre. »

El noble sir Felipe Sidney no desmintió la sangre que le legaba su padre. El modo caritativo con que dió una copa de agua al soldado herido en el campo de Zutphen, es digno de eterna memoria. Después de su muerte, su amigo Fulke Greville habló de él con sentimiento muy natural. « En verdad, dijo, era un verdadero modelo de valor, un hombre capaz de hacer conquistas, plantaciones, reformas, ó de realizar cualquier acción que sea considerada como más grande entre los hombres. Al mismo tiempo tenía tanto

1. D. Beltrán dice á su hijo en *La verdad sospechosa*:

. Luego si vos
Obráis afrentosos hechos,
Aunque seáis hijo mío,
Dejáis de ser caballero.

(N. del T.)

amor á la humanidad, y era tan bondadoso, que cualquiera que fuese digno de ello encontraba en él consuelo, protección y cuanto dependiese de su poder. No había en él afecto privado sino público; su principal cuidado no era su esposa, sus hijos y su persona, sino antes que todo la honra de su Creador y el servicio del príncipe y del país.»

Los nobles no siempre descienden de los nobles. Muchos de los más grandes hombres de la antigüedad salieron de las filas más humildes. Platón no era noble, aunque la filosofía le ennobleció. Cleanto, el filósofo estoico, fué primero un luchador y más tarde se ganó la vida regando los jardines de los ciudadanos de Atenas. Pitágoras era hijo de un platero, Eurípides de un jardinero, Demóstenes de un cuchillero y Virgilio de un alfarero. Los más bajos pueden colocarse entre los más altos, así como los más altos, por falta de honra y de conducta, pueden ponerse entre los más bajos ¹. Los primeros se elevan por la emulación y la virtud, y los últimos se rebajan por negligencia y vicio.

« Vengamos á nuestros tiempos. ¿Quién no conoce el humilde origen de Shakespeare, el hijo de un vendedor de lana del país? Ben Jonson, aunque era alfarero, fué cada vez más caballero. ¿No conoce todo el mundo á caballeros que se han elevado de la esfera del trabajo, desde Íñigo Jones, el mercader de paños; Quintín Matsys, el herrero; Josías Wedgwood, el alfarero; Jaime Watt, el fabricante de instrumentos de matemáticas; Juan Hünter, el carpintero; Isaac Mil-

¹ El refrán dice: *abájanse los adarves y álzanse los muladares.*
—(N. del T.)

ner, el tejedor; José Lankáster, el canastero; hasta Roberto Burns, el labrador, y Juan Kass, el farmacéutico?

El padre de Tomás Carlyle era albañil. « La del albañil es una noble profesión, dice el autor de *La Revolución Francesa*; un buen edificio dura más que la mayor parte de los libros, más que un libro de un millón... ¡Ojalá aprenda yo de él á escribir mis libros como él edificó sus casas, y á caminar tan irreprochablemente como él por este mundo de sombra (si Dios quiere) para reunirme con él al fin!... Acaso fué entre los campesinos escoceses lo que era Samuel Johnson entre los autores ingleses. Me inspira sagrado orgullo mi padre campesino, y no quisiera cambiarlo por ningún rey conocido. ¡Una cosa es el oro y otra el cuño de las guineas; una cosa el hombre y otra sus vestidos! ¹ Doy gracias á Dios por tan inmenso beneficio y trabajo para ser digno de él. »

Cuando Hugh Miller, que fué primero albañil, fué consultado por el doctor M'Cosh, sobre si aceptaba ó no la cátedra de Lógica y Metafísica en Belfort, Miller contestó: « Si un hombre ha sido dotado de grandes facultades por el cielo, aunque sea en calidad de albañil ú obrero, debe ejercitarlas para gloria de Dios. Vos habéis recibido estas facultades; empleadlas, pues, y Dios os abrirá camino para sacar provecho de ellas. » Después de adquirir la más alta reputación por sus lecturas y la publicación de sus obras, el doctor

¹ Calderón ha dicho:

El cuerpo lo viste el oro
Pero el alma, la nobleza.

(N. del T.)